

---

## Sociedad Patricia, cultura plebeya\*

---

E. P. Thompson\*\*

### I

Las relaciones entre la nobleza y el pueblo trabajador en la Inglaterra del siglo XVIII son frecuentemente caracterizadas como "paternalistas", (hay que hacer notar, que ésta es una caracterización que surge cuando estas relaciones son vistas "desde arriba"). Si nos sumamos a este debate partiendo de una definición poco clara de la noción "cultura popular" terminaremos traslapando y contraponiendo ejemplos: esta evidencia de control paternalista aquí, aquella de motines o disturbios allá. Puede ser útil, antes de intentar examinar la "cultura popular", aclarar algunos puntos sobre qué *no* es "cultura".

¿Cuáles fueron las instituciones que en el siglo XVIII permitieron a los gobernantes obtener, directa o indirectamente, el control sobre la totalidad de la vida del trabajador, en contraposición a la compra gradual de su fuerza de trabajo?

El hecho más importante reside precisamente en el otro lado de la pregunta. Este es el siglo que ve la erosión de las formas semi-libres de trabajo, la decadencia del acasillamiento, la extinción final de la servidumbre y el avance del trabajo asalariado, libre y móvil; por supuesto que ésta no fue una transición rápida ni fácil. Hill nos recuerda la larga resistencia que los ingleses nacidos libres sostuvieron contra la menestra del trabajo no asalariado; se debe observar de igual manera la larga resistencia de sus amos contra algunas de las consecuencias de estos cambios, ya que ellos deseaban fervientemente obtener lo mejor del viejo y del nuevo mundo, sin ninguna de las desventajas que ellos suponían.

Los amos mantenían la idea de que el trabajador era un hombre no-libre, un "sirviente": en la labranza, en el taller, en la casa. (Simultáneamente mantenían la imagen del hombre libre o sin amo como un vagabundo, que debería ser disciplinado, arreado a latigazos y obligado a trabajar).

Pero sin fuerza de trabajo disponible, rápida y móvil, para la que sería inconveniente o imposible aceptar las relaciones recíprocas entre amo-siervo, las siembras no podían ser cosechadas, la ropa no era manufacturada, los bienes no se podían transportar, las casas no se podían construir ni

Tomado del *Journal of Social History*, Vol. VII, No. 4, (Verano, 1974)

Traducción: Lilia Pillado.

tampoco ampliar los parques. Si bien los amos renunciaron a sus responsabilidades de tipo paternal no cesaron, por muchas décadas, de quejarse del quebrantamiento de la "gran ley de subordinación", de la disminución de la obediencia que implicaba su propia renuncia:

"Los Trabajadores Pobres, pese a la doble paga. Son insolentes, sediciosos y no hay qué les satisfaga"

La queja más característica a lo largo de la mayor parte del siglo se refería tanto a la indisciplina de los trabajadores, como a su irregularidad en los empleos, su falta de dependencia económica y su insubordinación social. Defoe, quien no era un teórico convencional, defensor de los bajos salarios y que incluso llegó a encontrar ventajas en el pago de salarios más altos ya que así se incrementaba el poder de compra de los "fabricantes" o de los "artesanos", retrata este panorama en su *Gran Ley de la Subordinación Razonada o la Insolencia y el Insufrible Comportamiento de los siervos de Inglaterra debidamente investigado en 1724*, donde argumentó que durante la insubordinación de los siervos:

"Los Agricultores son arruinados, los Granjeros empobrecidos, los Artesanos y Fabricantes son arrastrados a la Destrucción de sus oficios... y que no hay hombre que, en el curso de los negocios, dando empleos a una cierta Cantidad de Pobres pueda confiar en ningún Contrato que ellos hagan, o en que desarrollen nada de lo que se habían comprometido, puesto que no hay Ley, ni Poder... que obligue a los Pobres a desempeñar honestamente aquello para lo que fueron contratados.  
 "Cuando se paraliza el Mercado y hay un deseo general de Trabajar, entonces se vuelven rebeldes y escandalosos, huyen de sus Familias, abarrotan las Párroquias con sus esposas e hijos... y... maduran en ellos todas las formas de perversidad sean éstas Insurrección pública o pillaje privado.  
 "Cuando se Satura el Mercado se vuelven impertinentes, indolentes y libertinos... y sólo se presentan a Trabajar dos o tres Días a la semana".

El control paternalista sobre todos los aspectos de la vida del trabajador se estaba erosionando en efecto; el impuesto al salario cayó en desuso; la movilidad del trabajo es manifiesta; el vigor de las ferias de contratación del siglo XVIII y los decretos proclaman el derecho de los trabajadores rurales (así como de los urbanos) de exigir, si así lo desearan, un cambio de amo... Más aún, existe evidencia (en el mismo hecho de que los trabajadores se negaban a aceptar la disciplina de trabajo que se les demandaba) del crecimiento de una recién ganada psicología del trabajador libre. En una de las anécdotas moralistas de Defoe, el juez manda llamar al trabajador textil debido a la queja de su patrón de que su trabajo ha sido rechazado:

*Justicia:* Entre, Edmundo. He hablado con su Amo.  
*Edmundo:* No es mi Amo. Por favor, Vuestra Merced, os digo que creo ser mi propio Amo.  
*Justicia:* Bueno, con su patrón, el Sr., E... el sastre: ¿está bien si lo llamo patrón?  
*Edmundo:* Sí, sí, y por favor, Vuestra Merced, no hable de Amos.

Este es un gran cambio en términos de las relaciones: la subordinación está volviéndose negociación (aunque aún se dá entre partes muy desiguales).

El siglo XVIII presentó un cambio cualitativo en las relaciones de trabajo cuya naturaleza se oscurece si nosotros las vemos sólo en términos de un aumento en la escala y en el volumen de las manufacturas y del comercio. Esto ocurrió, por supuesto, pero ocurrió de tal forma que una proporción sustancial de la fuerza de trabajo realmente se volvió más libre de la disciplina en su trabajo cotidiano, más libre para escoger entre distintos patrones, empleos y ratos de ocio, menos situados en una posición de dependencia en toda su forma de vida que lo que habían sido antes o de lo que habían de ser en las primeras décadas de la disciplina de la fábrica y del reloj.

Esta fue una fase de transición con tres características principales. La primera, fué la pérdida de los usos no monetarios o gratificaciones, o su transformación a pago en dinero, esos usos estaban aún extremadamente arraigados a principios de siglo XVIII, ya que favorecían el control paternalista a nivel social pues aparecían simultáneamente como relaciones sociales y económicas; es decir, como relaciones entre hombres y no como pagos por servicios o cosas. Mas evidentemente, comer en la mesa de su propio patrón, alojarse en su granero o sobre su taller, tenía como fin el mantenerlos bajo su supervisión. En la casa grande, aquellos sirvientes que dependían de las "propinas" de los visitantes, de los vestidos de la señora, de gratificaciones clandestinas, del sobrante de la despensa, se pasaban prácticamente toda su vida conquistando esos favores. En la villa cercana, el acceso a los derechos comunes dependía en parte de un estatus expresado dentro de la economía social, de que uno fuera un arrendador o un jornalero; en parte, de un estatus informal o tácito —un trabajador que hubiera ganado la buena opinión de sus vecinos y que era difícil que cayera en la pobreza era más factible que lo alcanzara al erigir una cabaña a la orilla del camino o apacentando las bestias sueltas en lugares donde él no tenía ningún "derecho" estatutario. Aún las múltiples formas de gratificación propias de la industria, crecientemente tachadas de "hurto", era más probable que sobrevivieran donde los trabajadores las aceptaran como un favor y por ello mismo se sometieran a una dependencia filial.

De tiempo en tiempo, uno vislumbra un destello de la extinción de una gratificación o servicio que debió haber provocado un choque al control paternalista fuera de toda proporción con las ganancias económicas del patrón. Así cuando Sir Jonathan Trelawney, Obispo de Winchester, buscaba incrementar los ingresos del erario y empleó como administrador a Herón, un hombre fuertemente convencido de una severa racionalización económica, entre las acusaciones hechas contra Herón en 1707, por los arrendatarios y funcionarios menores de las cortes episcopales, estaba que:

El rompe las viejas Tradiciones... en los asuntos insignificantes y Pequeños, que son de poca Importancia para su Señoría... él se ha negado a dar cinco Chelines en Waltham al Jurado de la Corte... también a brindar por la salud de su Señoría, costumbre que se ha venido usando desde Tiempos Inmemoriales... él ha negado al Administrador de su Señoría y sus funcionarios la pequeña gratificación de herrar sus caballos en Waltham, según la

Antigua uzanza, gasto que nunca Excedió de Seis o Siete Chelines... él se negó a dar a los Arrendatarios de su Señoría maderas para la reparación de varios puentes y rediles comunes.

A ésto respondió Heron, en cierto modo irritado:

Yo mismo, he intentado en algunas ocasiones el Acabar con esas Costumbres insignificantes, como el mismo las llama, puesto que yo observo que los favores de vuestro predecesor están dirigidos contra vuestra Excelencia y que se insiste en que ellos son Derechos y que luego a vuestra Excelencia no se le agradece por ello: Además, aunque este tipo de favores sean de poca Importancia, es un hecho que muchos Pequeños Gastos... Llegan a ser una Suma considerable al final.

De tal forma la racionalización económica se agilizó (y durante mucho tiempo siguió avivándose) a través de los lazos del paternalismo. El otro rasgo que guió este periodo transicional, fue por supuesto el crecimiento de aquel sector de la economía que era independiente de una relación subordinada a la nobleza. La economía del "vasallaje" tenía grandes proporciones: involucraba no sólo a los sirvientes directos de la casa grande, camaristas y mayordomos, cocheros, caballerangos y jardineros, guardias del coto y lavanderas: sino también a los círculos concéntricos de clientela económica —el comercio ecuestre y los negocios de lujo—, los sastres, los pasteleros, los vinateros, los constructores de carruajes, los posaderos, los palafreneros.

Pero este siglo vió una creciente área de independencia dentro de la cual los pequeños patronos y trabajadores sentían que su relación de clientes con la nobleza era muy poca o nula. Estas eran las gentes a las que la nobleza miraba como "haraganes y alborotadores" alejados de su control; de entre éstas —los trabajadores textiles, artesanos urbanos, los mineros de carbón, los barqueros, los porteros, los pequeños comerciantes de víveres— era muy probable que surgieran los rebeldes sociales, los alzados por la comida y contra el peaje. Ellos mantuvieron muchos de los atributos comúnmente asociados al "trabajo pre-industrial", trabajando frecuentemente en sus propias cabañas, generalmente para pequeños patronos, en horarios irregulares y en más de un empleo, lograron escapar de los controles sociales de la villa señorial y no eran todavía sujetos de la disciplina del trabajo en fábrica.

Muchos de sus tratos económicos podían realizarse con hombres y mujeres un poco más arriba que ellos en la jerarquía económica. Sus "compras" no se efectuaban en emporios sino en los pequeños puestos del mercado; y el jornalero o las esposas de los pequeños granjeros hacían largos y pesados viajes al amanecer hacia el mercado del pueblo donde colocaban sus canastos con frutas, huevos y vegetales, mantequilla y aves, a un costado de la plaza. El mal estado de los caminos hacía necesario que existiera una multitud de mercados locales, en los que los intercambios de productos entre los productores primarios podían aún ser inusualmente directo. En la década de 1760.

Mineros que trabajaban arduamente, hombres y mujeres de Somersetshire y Gloucestershire, viajaban a diversos pueblos circunvecinos arrastrados por caballos... cargados con carbón... Era común ver a tales mineros cargar o llenar un

saco de carbón de dos *bushels*\* de capacidad con artículos de aprovisionamiento... carne de res, o carnero, o huesos largos de res medio desnudos; con rebanadas de pan rancio y piezas de queso.

Tales mercados y, aún más, las ferias ambulantes proveían no sólo un nexo de tipo económico sino también cultural.

En muchas regiones, el pueblo no había sido sacudido colectivamente de una forma embrionaria de tenencia de la tierra. Ya que mucho del crecimiento industrial tomó la forma, no de concentración en grandes unidades productivas, sino de pequeñas unidades dispersas y de subempleos (particularmente los hilanderos) había recursos adicionales para la "independencia". Esta independencia estaba muy cercana a la mera subsistencia: una abundante cosecha podía traer una afluencia momentánea, una larga estación lluviosa podía arrojar a la gente a la pobreza. Pero era posible para muchos de ellos entreverar juntos sus formas de subsistencia, de los terrenos comunales, de la cosecha y de entradas ocasionales por trabajos manuales, de subempleos en la cabaña, de colocar a sus hijas en el servicio, de pequeñas donaciones por caridad. Y sin duda algunos de los pobres continuaban con su propia economía depredadora, como "la abundancia de personas sueltas, flojas y desordenadas" de las que se afirmaba en la época de Jorge II, que vivían en los márgenes de Enfield Chase, y que "infestaban los mismos, yéndose en noches oscuras con Hachas, Sierras, Alabardas, Carretas y Caballos y yendo y viniendo a Robar a la gente honesta sus borregos, corderos y aves..." Tales personas aparecen una y otra vez en los registros criminalísticos, en la correspondencia estatal, en panfletos y en la prensa: aparecen aún en la década de los 90's en las inspecciones rurales agrícolas; por lo que no pueden ser totalmente una invención de la clase dominante.

Así, la independencia del trabajo (y del pequeño amo) respecto a su clientela era fomentada por un lado, por la transición de "favores" no-monetarios a pagos, y, por otro lado, por el crecimiento del comercio y la industria sobre la base de la multiplicación de muchas pequeñas unidades de producción, con mucho subempleo (especialmente el de hilanderas) coincidiendo con muchas formas duraderas de tenencia subalterna de la tierra (o derecho comunal) y con muchas demandas de trabajo manual eventual.

El que se presenta aquí, es un panorama indiscriminado y está hecho así de forma deliberada. Los historiadores económicos han hecho muchas discriminaciones cuidadosas entre los diferentes grupos de trabajadores. Pero éstas no son relevantes para la presente investigación. Tampoco fueron hechas con frecuencia por los comentaristas de la nobleza cuando analizaron el problema general de la "insubordinación" del trabajo. Ellos focalizaban preferentemente —más allá de las entradas del parque, más allá de los cercados de la mansión londinense—, una mancha de indisciplina, "los ociosos y desordenados", "el vulgo", "el populacho" y ellos deploraban

\* *Bushel*: Medida de capacidad para granos y semillas. Un *bushel* en Inglaterra equivale a 36.35 litros. (N.T.)

sus abiertas mofas a todo lo que se refiere a disciplina, tanto religiosa como civil: su desdén a todo orden, sus frecuentes amenazas a toda justicia y su extrema proclividad a los levantamientos tumultuosos aun por los motivos más nimios.

Es como siempre una queja indiscriminada contra el pueblo como un todo. El trabajo libre trajo consigo un debilitamiento de los viejos mecanismos de disciplina social. Lejos de ser el confidente de la sociedad patriarcal, el siglo XVIII ve al vicjo paternalismo como un momento de crisis.

## II

Y aún sentimos que el término "crisis" es demasiado fuerte. Si bien la queja de que los pobres eran indisciplinados, criminales y propensos a los tumultos y motines continúa durante todo el siglo, uno nunca siente, antes de la Revolución Francesa, que los gobernantes de Inglaterra concibieran que todo su orden social pudiese ser puesto en peligro. La insubordinación de los pobres era un inconveniente, no una amenaza. Los estilos de política y de arquitectura, la retórica de la nobleza y sus artes decorativas, todo parecía proclamar estabilidad, confianza en sí mismos, el hábito de sortear todas las amenazas a su hegemonía.

Podemos, por supuesto, haber sobreestimado la crisis del paternalismo. Al dirigir nuestra atención hacia la cumbre, al parasitismo del Estado y, en la base, a la erosión de las relaciones tradicionales por el trabajo libre y una economía monetaria, hemos pasado por alto aquellos niveles intermedios donde los controles económicos familiares aún permanecieron fuertes y tal vez hemos subestimado las áreas de la economía a nivel "clientelar" o de "súbditos". El control que los hombres de poder y dinero seguían ejerciendo sobre toda la vida y sobre las expectativas de aquellos que estaban por debajo de ellos, seguía siendo enorme, y si el paternalismo estaba en crisis, la revolución industrial habría de mostrar que la crisis debía representarse algunas veces más en escenarios tan lejanos como Peterloo y los motines de Swing antes de que aquél perdiera toda credibilidad.

No obstante, el análisis nos permite ver que el control de la clase gobernante en el siglo XVIII se localizaba fundamentalmente en una hegemonía cultural y sólo en segundo término en una expresión del poder económico o físico (militar). Decir que era "cultural" no significa decir que era inmaterial, demasiado frágil para el análisis o insustancial; definir el control en términos de hegemonía cultural no es abandonar el análisis, sino prepararse para el análisis en los puntos en los que éste debe hacerse: hacia el interior de las imágenes de poder y autoridad, las representaciones populares de la subordinación.

El trabajador textil del relato de Defoe, llamado a comparecer ante el Magistrado para responder por sus faltas, nos ofrece una pista cuando dice: "No es *mi Amo*. Por favor, Vuestra Merced, os digo que creo ser *mi propio Amo*". La deferencia que él le niega a su patrón se desborda en calculada obsequiosidad hacia "Vuestra Merced". El desea liberarse de las humillaciones inmediatas y cotidianas de la dependencia; pero los vastos perfiles del poder, su condición social y la autoridad política, aparecen como algo tan inevitable e irreversible como la tierra y el cielo. Una hegemonía

cultural de este tipo induce exactamente la manera de pensar en que las estructuras establecidas de autoridad, e inclusive los modos de explotación aparecen como parte del orden de la naturaleza, lo cual no descarta resentimientos o aún actos clandestinos de protesta o venganza, pero sí descarta rebeliones efectivas.

La nobleza de la Inglaterra del siglo XVIII ejerció este tipo de hegemonía y la ejerció de la manera más efectiva en tanto que la relación gobernante- gobernado se hizo cada vez menos frontal y más indirecta. La ausencia de los terratenientes junto con la siempre presente mediación de los *bailes*<sup>\*</sup>, la emergencia del sistema de la tierra de tres surcos, las figuras del granjero arrendatario y el trabajador sin tierra, significaron que todos los trabajadores rurales, la masa, no confrontaban a la nobleza como sus empleadores, ni ésta era vista en ningún sentido como responsable directa de sus condiciones de vida. El que un hijo o hija fuesen tomados para el servicio de la casa grande era visto no como una fatalidad sino como un favor.

Los nobles eran aislados de las polarizaciones derivadas de los antagonismos económicos y sociales. También por otras vías. Cuando aumentaban los precios de los alimentos, la rabia popular no recaía en los terratenientes, sino en los intermediarios, acaparadores, molineros. La nobleza podía sacar provecho de la venta de lana, pero no se le ubicaba en la relación directa de explotación de los trabajadores textiles.

En las crecientes áreas industriales, el Juez de Paz, un noble, frecuentemente vivía en su casa de campo, retirado de los principales centros industriales y se veía en problemas para preservar una imagen de sí mismo como árbitro, mediador e incluso protector de los pobres. El refrán popular rezaba: "dondequiera que un mercader se convierte en juez, se crea un tirano". Las leyes más duras no eran administradas directamente por la nobleza; donde había alguna culpa, ésta podía recaer sobre los granjeros que manejaban la caridad pública y los mercaderes, de entre quienes provenían los capataces. Langborne presenta una imagen paternalista idealizada cuando exhorta así a la justicia agraria:

France el ceño severo,

Cruel capataz al picaro ratero;

Al granjero escurrinado, herido en su desconfianza,

Duro como la roca, insaciable como el polvo,

Cuando el pobre patán tras largos años corrompido

Se apoya debilmente en su una vez dominada espada

Se olvida el servicio de sus días más productivos

Sus beneficiosas faenas, sus honestas alabanzas,

Que ese miserable recorte su escaso pan.

Ese esclavo cuya mesa con sus antiguas faenas tendió.<sup>2</sup>

Y, una vez más, por lo menos una imagen fantasmal de las responsabilidades paternalistas podía ser mantenida con muy poco esfuerzo. El mismo Juez de Paz que desde su propia parroquia extendía los problemas de pobreza al negarse a permitir nuevos asentamientos y tirar las cabañas construidas en los terrenos comunales, podía, en las

\* *Baile*, del latín *bailiis* (teniente). El que ayuda a sobrellevar un cargo administrativo. En este caso, encargado o administrador de una finca para el terrateniente; aquél que supervisa lo tocante a la agricultura en una granja en nombre del dueño o arrendatario. (N.T.)

reuniones regionales, colocarse a sí mismo más allá de las líneas de batalla, si garantizaba el derecho a la apelación ocasional contra los capataces de otras parroquias o llamaba al orden a un amo cooptado de un taller.

Nos encontramos ante la paradoja de que la credibilidad del carácter paternalista de la nobleza surgió de la gran ostentación de algunas de sus funciones y del ocultamiento de otras. Una gran parte de la apropiación del valor del trabajo de los pobres por parte de la nobleza estaba mediada por el arriendo, el comercio o las contribuciones. Físicamente, ésta se apartaba más y más de las relaciones frontales con la gente de la villa o pueblo. La furia que despertaban los cotos de venados y la amenaza de cazadores furtivos los llevó a la necesidad de quitar el derecho de paso a través de sus parques, y de cercarlos con palizadas o paredes; la jardinería de paisaje, con fuentes ornamentales y estanques de peces, mobiliario y valiosas estatuas, acentuó su segregación y la fortificación para la defensa de sus tierras a las que sólo se podía ingresar por los altos portones de hierro forjado, siendo vigilado desde la garita. Los grandes nobles eran defendidos por sus bailes de sus arrendatarios, y por sus cocheros de escaramuzas casuales. Ellos se encontraban con la gente de la más baja ralea principalmente en su propio terreno y, cuando eran clientes que pretendían algún favor, en las formalidades de los Tribunales o en ocasiones calculadas de patronazgo popular.

Sin embargo, al representar estas funciones, su visión era formidable, tanto como sus formidables mansiones lograban imponer su presencia y mantenerlos aparte de todo, pero vigilando la villa o pueblo. Sus apariciones tenían mucho de la auto-conciencia estudiada de teatro público. Se descartaba la espada, excepto para fines ceremoniales; pero la elaboración de los polvos y pelucas, la ropa ornamentada y los bastones y aún los ensayados gestos patricios y la delicadeza de su comportamiento y expresión, todo estaba diseñado para exhibir su autoridad a la plebe y exigir de ellos deferencia. Junto con esto iban ciertas comparecencias rituales: el rito de caza, la pompa de los Tribunales de Justicia (y todo el estilo teatral de las cortes); los lugares especiales para los nobles, el llegar tarde y el irse antes en la Iglesia. De tiempo en tiempo había ocasiones para ceremonias muy importantes que tenían funciones completamente paternalistas: la celebración de una boda, de alguien que llegaba a la mayoría de edad, una fiesta nacional (coronación, jubileo o una victoria naval), las limosnas repartidas entre los pobres en un funeral.

Tenemos aquí un estilo hegemónico estudiado y elaborado, un papel teatral en el que los grandes eran educados desde su infancia y que ellos desempeñaban hasta su muerte. Si hablamos de ello como teatro, no es para disminuir su importancia: Una gran parte de la política y de la ley es siempre teatro. Una vez que un sistema social se ha convertido en "escenario", ya no requiere de ser confirmado cotidianamente con exhibiciones de poder (aunque nunca sobra realizar demostraciones de fuerza para definir los límites de la tolerancia del sistema); lo que importa más es un continuo estilo teatral.

Lo que hay que señalar del siglo XVIII es la elaboración que se hizo de este estilo y la auto-conciencia con que era desplegado.

La nobleza y, en materia de trato social, sus damas, juzgaban con el mayor celo las formas de ostentación propias de cada rango y posición social: qué cochero, cuántos lacayos, qué mesa, incluso cuál era la cuota apropiada de "magnificencia". El show era tan convincente que ha confundido hasta a los historiadores. Se observa un número creciente de referencias hechas a las "responsabilidades paternalistas" de la aristocracia, sobre las cuales "todo el sistema descansaba". Pero aquí, nosotros hemos distinguido gestos y posturas, más que responsabilidades reales. El teatro de los grandes dependía no de la atención constante, cotidiana, a sus responsabilidades (excepto en el caso de las supremas oficinas de Estado, casi cualquier función de la aristocracia del siglo XVIII y de muchos de aquellos que pertenecían a la alta nobleza y clero, se ejercía como una cuasi-canonía cuyas tareas eran despachadas hacia los subordinados) sino de ocasionales intervenciones dramáticas: el buey asado, los premios ofrecidos por algunas carreras o deportes, la donación amplia para la caridad en tiempos de muerte, la aplicación de clemencia, la proclamación contra los acaparadores. Es como si la ilusión del paternalismo fuese muy frágil para ser arriesgada a una exposición arriesgada.

Ciertamente, las causas del patronazgo de la nobleza y la aristocracia merecen atención: este lubricante social de gestos, podía, sin mayor esfuerzo, hacer que los mecanismos de poder y explotación giraran más suavemente. Los pobres, habituados a su irrevocable condición social, se había vuelto generalmente cómplices, a través de su propia mansedumbre, de su propia opresión: un año de escasos terrenos comunales puede ser compensado por una generosa limosna en Navidad. Pero tales gestos estaban calculados para recibir una utilidad, -en deferencia- desproporcionadamente alta comparada con la inversión y ciertamente no merecen ser descritos como "responsabilidades". Esa gran burguesía agraria evidenciaba poco sentido de responsabilidad pública o aún corporativa. Este siglo no se caracteriza precisamente por la gran escala de sus edificios públicos sino por la de sus mansiones privadas; y es tan célebre por la malversación de las limosnas de siglos anteriores, como por la fundación de otras nuevas.

Hubo una función pública que la nobleza asumió completamente como suya: la administración de la ley, el mantenimiento, en tiempos de crisis, del orden público. En este punto ellos se volvieron magistrales y posteriormente ostentosos. Era, en efecto, una responsabilidad, aunque una responsabilidad que competía en primero y segundo lugar a su propio haber y autoridad. Con regularidad y con enorme solemnidad, los límites de la tolerancia del sistema social eran puntualizados en el Londres de la época de los ahorcamientos, por aquellos cuerpos girando en la horca a la orilla del camino, por los procesionarios de las sesiones de los Tribunales. Aún con sus efectos colaterales indeseables (los aprendices y los sirvientes haraganeando en horas de servicio, el festival de los carteristas, la aclamación de los condenados) el ritual de las ejecuciones públicas era algo necesariamente concomitante a un sistema de disciplina social donde buena parte dependía del teatro.

### III

Si los grandes estaban tan apartados de la vista del público dentro de sus parques y mansiones, resulta que la plebe, en muchas de sus actividades, estaba también apartada de ellos. La dominación paternalista efectiva requiere no sólo de una autoridad de tipo temporal sino también de una autoridad espiritual o física. Aquí es donde parecería que encontramos el eslabón más débil del sistema.

No sería difícil encontrar en esta o en aquella parroquia al clero del siglo XVIII cumpliendo, con dedicación, las funciones paternalistas. Pero sabemos de sobra que éstos no son hombres característicos. A Parson Adams se le dibuja, no para poner de ejemplo las prácticas del clero, sino para criticarlas: él debe ser visto definitivamente como el Don Quijote de la Iglesia Anglicana del siglo XVIII. La Iglesia era profundamente Erastiana; si hubiera desempeñado un rol paternalista efectivo, psicológicamente apremiante, el movimiento metodista no hubiese sido ni necesario ni posible.

Todo esto puede, sin duda, ser matizado. Pero lo central para nuestro propósito es que el mando "mágico" de la Iglesia y de sus rituales sobre el populacho, mientras estaban aún presentes, se iban volviendo cada vez más débiles. En los siglos dieciséis y diecisiete el puritanismo había emprendido la destrucción de las ataduras de la idolatría y la superstición. —los adoratorios a la orilla del camino, las llamativas iglesias, los cultos a los milagros locales, las prácticas supersticiosas, el sacerdocio confesional—, todo lo que, como puede aún ser observado en Eire o en algunas partes del sur de Europa en la actualidad, podía mantener a la gente del pueblo sumida en un temor reverencial.

La Restauración no pudo restaurar la trama de la idolatría papista, a la cual, por cierto, Inglaterra nunca se mostró particularmente dispuesta: pero sí relajó los nuevos lazos de disciplina que el Puritanismo había puesto en su lugar. Poca duda cabe de que en sus inicios, el siglo XVIII fue testigo de una gran recesión del puritanismo y la disminución del volumen de puritanos del pueblo, que se dio aun en aquellos centros artesanales que habían acunado a las sectas de la Guerra Civil. Como resultado de todo esto, hubo un aumento de libertad para los pobres, aunque de una forma negativa —una libertad de la disciplina siquica y la supervisión moral de los sacerdotes y presbíteros—.

Un clero con una atención pastoral activa generalmente encuentra vías de co-existencia con las supersticiones paganas o heréticas de su rebaño. Aunque por mucho que tales compromisos puedan parecer deplorables a los teólogos, el párroco aprende que muchas de las creencias y prácticas del "folklore" son inofensivas: si se apegan al calendario de la Iglesia, pueden, en esa medida, ser cristianizadas y servir para reforzar la autoridad de la misma. Lo que importa más es que la Iglesia debe, en sus ritos, comandar los ritos de transición de la vida personal y adoptar en su propio calendario los festivales populares.

La Iglesia Anglicana del siglo XVIII no era una criatura de este tipo. Era servida no sólo por sacerdotes sino también por párrocos. Había abandonado, excepto en ocasiones poco comunes, la práctica confesional. Reclutó a al-

gunos de sus hijos pobres para el sacerdocio, pero cuando tantos sacerdotes servían como magistrados temporales y oficiaban las mismas leyes que la nobleza, difícilmente lograban después presentarse de manera convincente como los individuos que representaban una alternativa espiritual. Cuando los obispos ocupaban cargos políticos y cuando los primos de los nobles eran ubicados en áreas rurales, era cuando lograban ampliar sus vicariatos y adoptaban la forma de vida de la nobleza, era muy evidente que ésta era la forma de la que se derivaba la autoridad de la Iglesia.

Sobre todo, la iglesia perdió terreno en el control del "ocio" de los pobres, de sus fiestas y festivales y con ello, sobre una gran área de la cultura plebeya. El término "ocio" es, por sí mismo anacrónico. Tanto en la sociedad rural donde persistían los cultivos pequeños y la economía comunal como en grandes áreas de la industria manufacturera, la organización del trabajo era tan variada e irregular que resulta falso hacer una distinción muy tajante entre "trabajo" y "ocio". Por una lado, las ocasiones sociales estaban entremezcladas con el trabajo —con el mercadeo, el trasquilado de las ovejas y la cosecha, recoger y llevar los materiales de trabajo— y así a todo lo largo del año. Por otro lado, se invertía un enorme capital emocional, no fragmentado en una sucesión de noches de sábados y mañanas domingueras, sino en banquetes especiales y en celebraciones de los festivales. Muchas semanas de ardua labor y magras dietas eran compensadas por la espera (o por el recuerdo) de estos acontecimientos, en los cuales la comida y bebida eran abundantes: florecían los galanteos y todo tipo de relaciones sociales y se borraban todas las penurias de la vida. Para los jóvenes, el ciclo sexual del año se reiniciaba en estas festividades. Estas ocasiones eran en buena medida para lo que vivían los hombres y las mujeres; y si la Iglesia mantenía una influencia poco significativa en su conducta, entonces, en ese mismo grado, cesaba de ligarse al calendario emocional de los pobres.

Esto se puede entender en un sentido literal. Mientras que los viejos días santos estaban regados liberalmente a todo lo largo del año, el calendario ritual de la Iglesia concentraba sus eventos en los meses de poca demanda de trabajo, esto es, desde invierno hasta primavera, de Navidad a Pascua; mientras que el pueblo aún rendía tributo a las dos últimas fechas, que permanecían como días de máxima comunión, el calendario de festividades populares del siglo XVIII coincidía mucho con el calendario agrícola. Las "velas" —festividades de las villas y pueblos consagradas a sus iglesias— no sólo se trasladaron del día del santo patrono hacia el domingo más próximo, sino que en muchos casos fueron removidos (donde fue necesario) del invierno al solsticio de verano. Alrededor de 1730, el anticuario Thomas Hearne, elaboró una nota sobre los días de fiesta de 132 villas o pueblos de Oxfordshire y sus alrededores: Todas caían entre mayo y diciembre: 84 (más de las tres quintas partes) caían entre agosto y septiembre; no menos de 43 (casi una tercera parte) caían entre la última semana de agosto y la primera de septiembre. Caso aparte era un importante grupo de alrededor de veinte, que caían entre fines de junio y finales de julio y las cuales en un año normal se esperaba que cayeran entre el fin de la cosecha de heno y el comienzo de la cosecha de cereal, el peso emocional del calendario

festivo caía en las semanas inmediatamente posteriores a la recolección de las cosechas.

El Dr. Malcolmson ha reconstruido un calendario de las festividades de Northamptonshire de fines del siglo XVIII que muestra en mucho la misma incidencia. Junto con la secularización del calendario va también la secularización del estilo y de la función de estas celebraciones. Si no eran paganas, las nuevas funciones seculares eran añadidas al viejo ritual; los taberneros, vendedores ambulantes y merolicos animaban con sus numerosos puestos las festividades cuando sus parroquianos traían en la bolsa ganancias poco usuales de la cosecha; la caridad de la villa y los clubs de beneficencia retomaron las tradicionales celebraciones de la cerveza en la fiesta de Pentecostés. En Bampton, la fiesta del Whitmonday Club incluía una procesión con tambor y gaita (o violín), danzas moriscas, un payaso con una vejiga que contenía el "tesoro" (una caja de dinero para dádivas), una funda de espada con un pastel. No había, por supuesto, ni crucifijos ni curas o monjas, tampoco imágenes de vírgenes o santos: estas ausencias son apenas perceptibles. Ninguna de las 17 canciones o melodías grabadas tiene la menor asociación con lo religioso:

Oh, mi Billy, mi fiel Billy  
¿Cuándo volveré a ver a mi Billy otra vez?  
Cuando los peces vuelen sobre la montaña  
Volveréis a ver a tu Billy otra vez

Bampton, ese museo viviente del folklore, no era una villa rural aislada sino un poderoso centro de la industria del cuero, tanto como el Middleton y el Ashton de la infancia de Bamford eran los centros de industria doméstica. Lo que queda manifiesto, en muchos distritos como éstos y en muchas regiones rurales, también en el siglo XVIII, es el hecho de que ni por un momento se puede sostener la opinión que —por ejemplo— Paul Bois sostenía sobre los campesinos del occidente francés del siglo XVIII en el sentido de que "la iglesia era el centro de articulación de todas las relaciones". Por supuesto que los religiosos y los seculares (o paganos) habían coexistido durante siglos con dificultad o en conflicto. Los puritanos preocupados por mantener a los danzantes moriscos fuera de la iglesia y a los puestos ambulantes fuera del cementerio, se quejaban de que las fiestas de consagración de la iglesia se corrompían con la presencia de los animales, los bailes y todas las formas de "libertinaje".

Pero permanece ahí un sentido de que la Iglesia era el eje alrededor del cual giraban los engranes de esta tradición popular. El Libro de Deportes Stuart buscaba confirmar esta relación en contra de los ataques puritanos. En el siglo XVIII el calendario de las estaciones agrícolas era un eje al que la Iglesia no proveía ninguna fuerza motriz. Se trata de un cambio difícil de definir pero que sin duda fue muy grande.

La experiencia doble de la Reforma y la decadencia de la presencia puritana dejó como saldo una importante separación entre la cultura de la buena crianza y la cultura plebeya en la Inglaterra posterior a la Restauración. Tampoco debemos subestimar el proceso de formación de la cultura desde abajo. No sólo las cuestiones que son obvias —canciones

folklóricas, clubes artesanales y aperos de labranza— estaban hechas por los de abajo, sino también lo eran las interpretaciones de la vida, satisfacciones y ceremoniales. La venta de la esposa, en su cruda y tal vez exótica forma, jugaba una función de divorcio ritual que a la vez era más fácil de obtener y más civilizado que nada de lo que la cultura elegante pudiese ofrecer. Los rituales de música popular, crueles como solían ser, no eran más vengativos y realmente no más exóticos que los rituales de una Comisión Especial de los Tribunales ingleses.

La leyenda de la "alegre Inglaterra" después de la Restauración es una que los historiadores han sido, tal vez, muy impacientes al analizar. Aun si descontáramos algunas de las más sensacionales quejas (Defoe, como buen contador nos asegura que fueron erigidos 6325 palos de mayo en los cinco años posteriores a la Restauración) no cabe duda que había un general y exuberante resurgimiento de los deportes populares, fiestas de velación, *rush bearings*\* y rituales. "¡Auxilio, Señoría!" exclamaba el Rev. Oliver Heywood, el rechazado ministro, cuando narra la epidemia de peleas de gallos, carreras de caballos y el *stool-ball* en el distrito de Halifax en la década de 1680: "¡Oh, cuánta blasfemia! ¡Cuánta infamia se ha cometido!". Y al hablar de las celebraciones de mayo en ese mismo año, se lamentaba: "Nunca hubo tanto ajeteo en Halifax desde hace cincuenta años. El infierno se ha desatado".

Estamos mucho más acostumbrados a analizar esta época en términos de su historia intelectual y a pensar en la decadencia del infierno; pero ese detasarse del infierno de una *cultura plebeya* era el advenimiento de la pesadilla de los puritanos supervivientes. Los festivales paganos que la Iglesia incluyó en su calendario en la Edad Media (aunque sin total éxito) se convirtieron en festividades puramente seculares en el siglo XVIII. Las noches de vela se terminaron, pero las fiestas de la semana o día siguiente se robustecieron cada década. La ceremonia de *strewing rushes*\*\* en las iglesias se fue suspendiendo aquí y allá pero las fiestas de *rush bearings* se fortalecieron. Cerca de Halifax nuevamente, un nuncio (un tal Rev. Witter) trató de impedir estas festividades en 1682, en las cuales (se quejaba) la gente consigue grandes provisiones de carne y cerveza fuerte, viene de todas partes y "come y bebe y parranda de una forma tremendamente pagana". Las puertas de Mr. Witter fueron derribadas y él acusado de ser un "chapucero" y la ceremonia de *rush-bearing*s se siguió realizando en su distrito por lo menos unos ciento cincuenta años más. Pero como en la mayoría de los distritos, había perdido su significado religioso. Los símbolos de los carruajes ricamente ornamentados fueron desplazados por campanas y ollas pintadas. Los trajes pintorescos de los hombres y los vestidos blancos y las guirnaldas de las mujeres se volvían cada vez más paganos. El espectáculo rendía apenas un tributo momentáneo a los símbolos cristianos: Adán y Eva, San Jorge y el Dragón. Las Virtudes y Los Vicios alternaban con Ro-

\* *Rush Bearings*: Ceremonia Anual relacionada con el acto de llevar junquillos a la iglesia en días determinados. (N.T.)

\*\* *Strewing Rushes*: Ceremonia en la que se riega el suelo de la Iglesia con manojos de junquillos. (N.T.)

bin Hood y Lady Marian, los caballos de juguete, los desfiles sobre cerdos y las danzas moriscas.

Las festividades terminaban con problemas, peleas, bailes, borrachera y algunas veces con excursiones hacia las casas de los nobles y de los posaderos prósperos por bebida, comida y dinero. "No pude suprimir estos bacanales", escribió el Reverendo John William de La Flechere sobre las festividades de velación en Shropshire: "el imponente dique que les opuse sólo logró convertirse en un torrente suave y espumoso, sin lograr detener su curso". Peor aún, el pueblo había encontrado patronos fuera de la Iglesia: si La Flechere hubiera predicado contra la borrachera, los espectáculos y las peleas de toros y perros, "los taberneros y fabricantes de cerveza no me lo perdonarían. Ellos consideran que predicar en contra de la borrachera y cortar las cuerdas de sus monederos, es la misma cosa".

Pero el resurgimiento de esta cultura no puede ser constricto solamente a la comercialización impulsada por los taberneros, la nobleza a través de los Tribunales Menores, contaba con los medios para hostilizarlos suspendiendo sus licencias, si así lo hubiera deseado. Este florecimiento de las festividades podía difícilmente darse sin la actitud liberal de una buena parte de los nobles. En cierto sentido, ésta no era sino la lógica de los tiempos. El materialismo de los ricos del siglo XVIII y el erastianismo de su iglesia se enfrentaban con el materialismo de los pobres. Las competencias de carreras de los ricos se volvieron las fiestas populares de los pobres. La tolerancia liberal de la nobleza era pedida por las muchas tabernas que -como todavía proclamaban los anuncios en los mesones- buscaban ponerse así mismos bajo la protección de los grandes. La nobleza no conseguía realizar expediciones misionarias eficaces para reformar los modales y conceptos morales de los pobres si ellos mismos no estaban dispuestos a reformar sus propios agradables y ostentosos vicios.

Pero ésta no es una explicación totalmente convincente. Sólo una clase dominante que se siente amenazada tiene temor de hacer alarde de su doble condición. Mandeville es apenas inusual al satirizar el argumento aquél de que los vicios privados eran beneficios públicos. En una forma más suave, el mismo argumento, el de la importante función del lujo para proveer empleos y espectáculo para los pobres, era parte de la jerigonza económica de ese tiempo.

En efecto, hemos visto que el conspicuo despliegue de lujo y "liberalismo" eran parte del teatro de los grandes. En algunas áreas (la teoría del salario, las leyes para los pobres, el código criminal) el materialismo de los ricos convivía sin dificultad con el control disciplinario de los pobres. Pero en otras áreas (la actitud permisiva hacia la robusta cultura popular no cristiana, una cierta precaución e inclusive delicadeza en el manejo de los disturbios populares, y aun una cierta zalamería extendida hacia los pobres así como a sus libertades y derechos) encontramos un problema que demanda un análisis más fino que nos sugiere alguna reciprocidad en las relaciones entre ricos y pobres; una inhibición en el uso de la fuerza contra la indisciplina y sedición; una precaución (de parte de los ricos) contra el establecimiento de medidas que los hubiera alejado excesivamente de los pobres y (de parte del sector de los pobres que

de tiempo en tiempo se agrupaba detrás del grito de 'Iglesia y Rey') un sentido de que existían ventajas tangibles que serían ganadas solicitando el favor de los ricos. Existe una coincidencia de relaciones aquí que es difícil dejar de analizar al nivel de relaciones de clase. Y, sin, embargo, ¿no nos han dicho frecuentemente que es prematuro hablar de una "clase trabajadora" en el siglo XVIII?

Desde luego, nadie en el siglo XVIII hubiera pensado en describir la suya como una "sociedad uniclasista". Estaban los gobernantes y los gobernados, los encumbrados y la gente baja, las personas de recursos y con un estatuto de independencia y las de tipo libre y desordenado. En medio, donde debían estar las clases medias y los profesionistas y la clase terrateniente acomodada, las relaciones de clientelaje y dependencia eran tan fuertes que, al menos hasta la década de 1760, estos grupos ofrecen una pequeña desviación de las polaridades esenciales. Sólo aquél que era "independiente" de la necesidad de brindar deferencia a los patronos puede ser entendido como alguien con una identidad política total: esto es lo que se argumenta en favor de la visión "uniclasista". Pero la clase no se define a sí misma sólo por una identidad política. Para Fielding, la evidente división entre la gente encumbrada y la baja, la de buena cuna y la de sin cuna, se extiende como una fisura cultural a lo largo de la tierra:

mientras la gente de buena cuna se apoderó de varios lugares para su propio uso, tales como cortes, asambleas, operas, bailes, etcétera; el vulgo, además de un paraje llamado el Majesty's Bear-Garden ha estado en constante posesión de todos los juegos, ferias, fiestas, etcétera. Lejos de verse entre sí como hermanos en el lenguaje cristiano, ellos difícilmente se consideran como seres de una misma especie.

Ya que éste es un mundo de patricios y plebeyos, no es un accidente el que los gobernantes voltearan a la Roma Antigua en busca de un modelo para su propio orden sociológico. Pero esta polarización de las relaciones de clase no privaba a los plebeyos de toda su existencia política. Ellos están en uno de los lados de la necesaria ecuación de la *república*.

Una multitud no es, tal vez, una clase trabajadora. Puede ser que los plebeyos carecieran de consistencia en auto-definición y conciencia, claridad de objetivos, de una estructuración de su organización como clase, pero la presencia política de la plebe o "vulgo" o "multitud" es manifiesta. George Rudé ha hecho la crónica del caso de Londres y se plantea que ésta se tropezaba con intereses de la alta política en ciertas ocasiones críticas -los motines de Saverell, las agitaciones contra la Sisa \*, el impuesto Cider \*\*, las ebulliciones patrióticas y chauvinistas que apoyaban la carrera del Mayor Pitt contra Wilkes y más allá-. Aun cuando la bestia parecía estar dormida, las irritables sensibilidades de una multitud libertaria definían, en el más amplio sentido, los límites de lo que era políticamente posible. Hay un sentido en que los gobernantes y la masa se

\* Sisa: derecho que se pagaba por los comestibles y otros productos. (N.T.)

\*\* Impuesto Cider: Impuesto a la Sidra. (N.T.)



necesitaban unos a otros, se miraban unos a otros, actuaban teatro y contra teatro para el auditorio de los otros y modelaban el comportamiento político de los otros. Esta es una relación más activa y recíproca que aquélla que normalmente nos viene a la mente bajo la fórmula de "paternalismo y subordinación"

Es necesario también ir más allá de la visión de que el pueblo trabajador, a estas alturas, estaba confinado dentro de las lealtades fraternales y de la conciencia "vertical" de sus oficios particulares; de que esto inhibía solidaridades más amplias y la conciencia de clase "horizontal". Ciertamente hay algo de esto. Los artesanos urbanos conservaban algo de la perspectiva particular de su gremio; cada oficio tenía sus canciones (con los implementos del oficio descritos minuciosamente), sus libritos de versos y leyendas; algunos oficios, como los herreros y los peinadores de lana mantenían los días rituales de su santo patrono y procesiones. Así, los aprendices de zapateros debían recibir de sus amos *La Deliciosa, Magnífica y Divertida Historia de la Noble Artesanía*, donde se leía:

Nunca nadie ha logrado saber  
cómo un zapatero un Limosnero se pudo volver  
amables el uno con el otro siendo  
a cada Extraño como Hermano viendo

El aprendiz leía esto en 1725, y en el tiempo de Dekker había leído algo muy parecido. A veces las distinciones entre oficios se trasladaban a los festivales y a la vida social. Bristol, a principios del siglo XVIII solía presenciar un combate anual de pugilismo el Miércoles de Ceniza entre los herreros y los toneleros, los carpinteros y los marineros, con los tejedores algunas veces apoyando a los herreros. Y en asuntos de mayor importancia, cuando definían sus intereses económicos como productores, artesanos y trabajadores, los cargadores de carbón de orillas del Támesis, los conserjes londinenses, los tejedores de seda de Spitalfield, los trabajadores textiles del oeste de Inglaterra, los tejedores de lana de Lancashire -se organizaban fuertemente dentro de sus oficios y solicitaban al Estado o autoridades de las corporaciones sus disminuidos favores paternales.

Ciertamente, existe evidencia sustancial en este sentido, y el grado en el que una perspectiva gremial o de "oficio" y aun los vestigios de continuidad de la organización contribuyeron a los primeros sindicatos, fue subestimado por los Webb. Pero suponer que tal fraternidad gremial estaba necesariamente reñida con objetivos mayores o solidaridades es falso. La conciencia de gremio de los artesanos de Londres en la década de 1640 no inhibió el apoyo para John Lilburne. Lo que la conciencia gremial puede inhibir son solidaridades económicas entre diferentes grupos de productores, así como contra sus patronos; pero si dejamos de lado estos postulados anacrónicos, encontramos entre los trabajadores del siglo XVIII abundantes evidencias de conciencia y solidaridades horizontales. En los registros de las listas ocupacionales que he examinado en los casos de amotinados por comida, contra el peaje, por cuestiones de libertad o de adquisición de derechos comunales urbanos, queda claro que las solidaridades no se hallaban disgregadas por gremios. En una región donde los trabajadores textiles, mi-

nero de estaño o carboneros son mayoritarios, son ellos quienes obviamente predominan en las listas como delinquentes, pero no al grado de excluir de ella a los otros trabajadores. Espero haber demostrado en otro lugar que todos estos grupos, durante los motines por la comida compartieron una conciencia ideológica común, así como objetivos, en tanto pequeños consumidores para la subsistencia. Pero ellos también eran consumidores de valores culturales, de la retórica libertaria, de prejuicios patrióticos, y en todas estas cuestiones también les era posible mostrar solidaridades. Cuando, en la quietud de la década de 1750, la Princesa Amelia trató de cerrar todo el acceso al Richmond New Park, le respondió una vigorosa conciencia horizontal que se estiraba desde John Lewis, un próspero cervecero local hasta los panfleteros de la Calle Grub, quienes se abrazaron a las "masas populares" de la localidad. Cuando, en 1799, los magistrados intentaron quitar en Shrove el futbol de los martes de la calle de Kingston, eran "las masas" y "el vulgo" quienes se reunieron y echaron abajo con éxito sus órdenes. El vulgo puede no destacar por su impecable conciencia de clase, pero los gobernantes de Inglaterra no tenían la menor duda de que se trataba de una especie de bestia horizontal.

Veamos qué es lo que se argumenta en este sentido. Se sugiere que, en la práctica el paternalismo era tanto teatro y gesto como responsabilidad efectiva, que lejos de una relación cálida, doméstica, directa, podemos observar la estudiada técnica de mando. Mientras no había novedad en la existencia de la cultura plebeya diferenciada, con sus propios rituales, festivales y supersticiones, hemos sugerido que en el siglo dieciocho esta cultura era remarcablemente robusta, enormemente distanciada de la cultura elegante, y que ésta ya no reconocía, excepto en mecanismos muy superficiales, la hegemonía de la Iglesia.

Reafirmemos: esta cultura plebeya no era una cultura revolucionaria o siquiera pro-revolucionaria, en el sentido de buscar objetivos ulteriores que cuestionaran el orden social; pero tampoco debe describirse como una cultura deferencial. Alimentó motines pero no rebeliones; acciones directas pero no organizaciones democráticas. Es notoria la rapidez de los cambios de ánimo de la multitud de la rebelión a la obediencia cobarde. Esto se canta en la balada satírica de los "Valientes Chicos Doodley":

Hemos mareado pa'arriba y pa'abajo  
arre, chicos, arre  
pa' ir a tirar esa casa  
Y son O los valientes chicos Doodley  
arre, chicos, arre  
Fue O los valientes chicos Doodley  
Unos traiban palos otros traiban garrotes  
arre, chicos, arre  
pa' ir a golpear a todos los vagabundos y siervos

Pero la revuelta alcanza su límite esperado, y

... vinieron los Dragones  
y que el diablo cargue a los desheredados  
todos corrimos a nuestros agujeros  
arre, chicos, arre  
Asustados, nos volvimos locos  
Y es que eran O los valientes chicos Doodley

Y de esto llegan a la reafirmación de la subordinación:

Dios Bendiga al Guarda Lord Dudley  
arre, chicos, arre  
El sabe que han sido tiempos duros  
El mandó a los soldados regresar  
arre, chicos, arre  
no volveremos a amotinarnos nunca más  
Y fueron O los valientes chicos Doodley<sup>3</sup>

Es fácil caracterizar este comportamiento como infantil. No hay duda que si insistimos en mirar al siglo dieciocho sólo a través del lente del movimiento obrero del siglo diecinueve, sólo veremos la inmadura y pre-política infancia de la clase. Y desde uno de sus aspectos, esto no es falso: repetidamente observamos las prefiguraciones de las actitudes de clase del siglo diecinueve y su organización, (brindando expresiones de solidaridad en motines, en huelgas, aun frente a la horca). Es una tentación ver a los trabajadores del siglo dieciocho como una clase trabajadora inmanente, cuya evolución se retarda por un sentido de la futilidad de trascender su situación. Pero los "ires y venires" del "lacyaje" de la masa son una historia de gran antigüedad: los "rebeldes primitivos" de una época pueden ser vistos desde una época previa, como decadentes herederos de aún más primitivos ancestros. Demasiada cháchara histórica nos distrae de ver a la masa como en realidad era, *sui generis*, con sus propios objetivos, operando dentro de una compleja y delicada polarización de fuerzas de su propio contexto.

He intentado en otro lugar reconstruir estos objetivos de la masa, y la lógica del comportamiento de la masa, en un caso particular: la lucha por la comida, yo creo que todas las otras formas mayores de acción de la masa pueden, después de un paciente análisis, revelar una lógica similar: es sólo al historiador miope al que le aparecen las erupciones de la masa como "ciegas". Aquí deseo discutir brevemente tres características de la acción popular, y luego regresar nuevamente al contexto de las relaciones nobleza-masa en donde todo ésto se llevaba a cabo.

La primera es la tradición anónima. La amenaza anónima o aún el acto terrorista individual, es generalmente encontrado en una sociedad de total clientelaje y dependencia; del otro lado de la medalla de la subordinación simulada. Es exactamente en una sociedad rural donde cualquier resistencia abierta identificada, contra el poder gobernante puede devenir en una represalia instantánea -pérdida de casa, empleo, tenencia, cuando no la ejecución legal- que uno tiende a encontrar en los actos de oscurecimiento: la carta anónima, el incendio del almiar o casa anexa, el desjarretamiento del ganado, el disparo o ladrillo contra la ventana, la puerta sacada de sus pernos, el huerto echado por tierra, las compuertas del estanque abiertas por la noche. El mismo hombre que toca su mechón de pelo para saludar al señor de día -y que va por la historia como ejemplo de subordinación- puede, por la noche, matar sus ovejas, lanzar sus faisanes, o envenenar a sus perros.

Yo no pienso en el siglo dieciocho como un teatro del terror cotidiano. Eso lo dejó para John Bull en *Otra Isla*. Pero los historiadores difícilmente han empezado a tomar la medida del volumen de la violencia anónima. La famosa

"Acta Negra de Waltham" de 1723 surgió exactamente de este tipo de acciones organizadas poco comunes en los bosques de Hampshire y Berkshire. A lo largo del siglo, sucesivas leyes y sanciones daban respuesta a brotes locales similares. Un record bizarro de la marcha de la literatura puede ser encontrado en las columnas del *London Gazette*. Esta publicación de la augusta autoridad, en cuyas páginas aparecían los movimientos de la Corte, promociones y comisiones por servicios, noticias oficiales de todo tipo, publicaba también anuncios de recompensas y otorgamiento de perdones. Para evidenciar a los autores de las cartas anónimas, éstas generalmente eran publicadas completas, con su ortografía original.

Lo que estas cartas muestran es que los trabajadores del siglo dieciocho eran perfectamente capaces, en la seguridad del anonimato, de diluir cualquier ilusión de subordinación y de obediencia a sus gobernantes en un sentido completamente no sentimental y no filial. Un remitente de Witney, en 1767, urgía a su destinatario: "no sufrieron esos malditos Bribones de gordas barrigas y resoplidos asquerosos para hacer morir de Hambre a los Pobres con esos Diabólicos medios con el propósito de poder seguir cazando corriendo caballos y de mantener a sus familias en la Arrogancia extravagancia". Un habitante de Henley-on-Thames, que había visto a los voluntarios actuando contra una multitud, se dirige a "Ustedes Caballeros, como os gusta llamarse, aunque ese sea vuestro Error- puesto que sois el peor conjunto de los más Malditos Bribones que Jamás Existió". Un autor de Odiham, escribiendo sobre un tema similar en 1800, remarcaba que "a nosotros nos importa un Bledo esos tipos que se Llaman a sí Mismos Soldados Caballeros, Pero en nuestra opinión ellos más Parecen Monos cabalgando en Osos". Algunas veces la falta de una deferencia apropiada se veía apenas como una burla más: "Lord Buckingham —remarcaba en 1793 un escritor de volantes de Norwich— quien murió el otro día obtenía Treinta Mil Libras, anualmente, Por aplastar su Culo en la Casa de los Lores y no hacer nada".

Estas cartas muestran —y están dispersas por la mayor parte de Inglaterra, así como en ciertas partes de Gales— que la deferencia podía ser quebradiza en efecto, y compuesta de una parte de propio-interés, una parte de simulación y solo una parte de reverencia a la autoridad. Ellas eran parte del contra— teatro de los pobres. Estaban ahí intencionalmente para erizar el espinazo de la nobleza y de los magistrados y alcaldes, para llamarles la atención sobre sus deberes y exigirles caridad en tiempos de mortandad.

Esto nos lleva a la segunda característica de la acción popular, que he descrito como contra—teatro. Justamente como los gobernantes afirmaban su hegemonía mediante un estudiado estilo teatral, así la plebe afirmaba su presencia mediante un teatro de amenaza y sedición. Desde los tiempos de Wilkes, el lenguaje del simbolismo de las masas es comparativamente "moderno" y fácil de leer: el quemar effgies, el colgar una bota de la horca, el iluminar las ventanas (o el romperlas sin luz), el quitar las baldosas de una casa, que como hasta Rudé anota, tenía una significación casi ritual. En Londres, el ministro impopular o el popular político, no requería de la ayuda de encuestas para saber su grado de reconocimiento por parte del pueblo: se podía ser

arrojado con obscenidades o llevado en andas por las calles. No sólo los condenados pisoteaban el escenario en Tyburn: el público también proclamaba vociferantemente su acuerdo o disgusto con el libreto.

Pero conforme nos movemos para atrás desde 1760, entramos en un mundo de simbolismo teatral que es cada vez más difícil de interpretar: las simpatías políticas populares son expresadas en un código muy distinto de aquel de la década de 1640 o de 1790. Es un lenguaje de listones, fogatas, juramentos y de la no aceptación de los juramentos, brindis, acertijos sediciosos y antiguas profecías, u hojas de roble y de palos de mayo, o de baladas con doble sentido político, aún de tonadillas silbadas por las calles. Todavía no sabemos suficiente acerca del jacobinismo popular para asegurar cuánto de él era sentimiento, cuánto interés; pero ciertamente podemos decir que en muchas ocasiones la plebe utilizaba el jacobismo con el mismo éxito que el teatro, sabiendo bien que era el libreto más calculado para encolearizar y alarmar a sus gobernantes hanoverianos. En la década de 1720, cuando una prensa censurada oscurece más que ilumina a la opinión pública, uno detecta las simpatías subterráneas siguiendo el vigor con que los aniversarios de Hanover y Stuart, rivales entre sí, eran celebrados. *La Gaceta de Norwich* reportaba en mayo de 1723, ese último martes, siendo el cumpleaños del Rey Jorge, había guardado en la ciudad "con todas las demostraciones usuales de alegría y lealtad":

Y el miércoles, siendo el Aniversario de la Feliz Restauración del Rey Carlos II, y con él de la familia real, después de una muy larga y muy exitosa usurpación de tiranía santificada, era celebrado en esta ciudad y en gran forma ya que además de tañer campanas, disparos de armas y fogatas las calles estaban alfombradas con juncias, ramas de roble colocadas en las puertas y en algunas calles guirnaldas y retratos colgados, y una gran variedad de antiguas y divertidas danzas... (con) burlas a la Gloriosa Memoria de Carlos II...

Esto era manifiestamente desleal, no sólo para el Rey sino también para el hombre fuerte del condado, ya que demostraba su incapacidad para manejar a los funcionarios de la ley al servicio de la Corona.

Esta era una guerra de nervios, ahora satírica, ahora amenazante. Las flechas algunas veces encontraron su blanco. En 1724 los ministros del Rey estaban deliberando acerca de las declaraciones de Harwich donde el leal consejo político de Hanover había sido insultado por una ofensiva música popular:

Mientras el Alcalde y otros Miembros de la Corporación estaban reunidos en el Ayuntamiento para conmemorar la más feliz ascensión al Trono de Su Majestad, brindando por Su Majestad y por otros grandes y Leales personajes, este Declarante... vió por una Ventana... una persona disrazada con cuernos en la cabeza seguida por una multitud.

Esta "ya citada Infame Persona" John Hart, un pescador, había sido llevado en andas por su pueblo, por cerca de cien o doscientas personas de su misma calaña. Ellos iban "tamborileando una tonada ridícula de Roundhead Cuckolds y etcétera y (Hart) vino con el alcalde y a la puerta del presente Declarante y nos hizo señas con las manos intimidándonos con que Deberíamos besar su culo".

Si algunas de las acciones de las masas pueden ser vistas como contra-teatro, esto no es del todo cierto. Como tercera característica de la acción popular estaba la capacidad de la masa de una rápida acción directa. Ser uno de la masa, de la multitud, era otra forma de permanecer en el anonimato, mientras que ser un miembro de una organización estable ataba a uno a la posibilidad de detención o asesinato. La masa del siglo XVIII entendía claramente sus posibilidades de acción y su propio arte de lo posible. Su éxito debía ser inmediato o no había nada. Debía destruir esas máquinas intimidar a esos patrones o comerciantes, dañar ese molino, obtener de sus amos un subsidio de pan, desenmosaicar esa casa, antes de que aparecieran las tropas en escena. Esta forma es tan usual que sólo la cito de una o dos declaraciones de papeles oficiales. En Coventry, 1772:

El Martes por la tarde... una gran Multiud cercana a los mil... de la más baja clase de Gente... reunidos por Flautín y por el Golpe de Tambores... con motivo de, como ellos pretendían, una Reducción de Salarios por parte... de uno de los principales Manufactureros de Listones... Ellos declararon su intención de... tirar su Casa y de aniquilarlo a él si se lo encontraban... Se utilizaron todos los Métodos persuasivos... para dispersarlos, sin ningún efecto y mediante el aventar Piedras y romper sus Ventanas, ellos empezaron a cargar su Propósito a una Ejecución.

En New-Castle-on-Tyne en 1740, durante la fase triunfante de una lucha por comida:

Cerca de las dos del Jueves por la mañana, un gran número de Carboveros y Vagoneros, Herreros y otros trabajadores comunes (de nuevo la bestia horizontal) vinieron por el Puente, liberaron a los prisioneros y procedieron con gran Orden por el Pueblo tocando Gaitas, tocando Tambores y con Ropa Sucia colocada sobre los palos como si fueran sus Colores echados al aire. Entonces su número se incrementó a algunos miles y estaban en posesión de las principales Calles del Pueblo. Los Magistrados se reunieron en el Guild Hall y difícilmente sabían qué hacer.

El resultado es que se llenaron de pánico, lucharon con la masa en los escalones del Guild Hall y quemaron una descarga contra ellos, matando a más de uno. En venganza:

Las Piedras volaban contra nosotros... a traves de las ventanas como disparos de cañón... a lo largo la masa inrumpia contra nosotros en la más terrible afrenta. Ellos prescindían de nuestras vidas en efecto, pero nos obligaban a abandonar el lugar, entonces caían en el saqueo y destruían todo lo que encontraban a su paso. Las múltiples bancas de los jueces eran inmediata y enteramente demolidas, la oficina del Town Clerk era rota para abrirla y todos los libros, escrituras y registros del pueblo y su corte eran tiradas por la ventana.

Ellos irrumpieron en el Arca y sacaron quince mil libras, ellos... rompieron todos los adornos, dos finísimas Pinturas del Rey Carlos II y Jaime II... ellos rasgaron todo menos las caras... y después de hacerlo condujeron a los Magistrados a sus propias casas en una suerte de Triunfo Mock.

Una vez más, aquí se nota el sentido teatral, aún en el arranque de rabia total: la destrucción simbólica de las bancas de la justicia, los libros de los Secretarios, los retratos de Stuart de la corporación Tory (conservadora), la pantomima del triunfo de los magistrados y, aún, con todo esto, la orden de sus procesiones y la restricción que les prohibió condenar a muerte, (aún después de que ellos hubieran sido pasados por fuego).

Por supuesto, el vulgo perdió la cabeza tantas veces como los magistrados, pero el punto de interés es que ninguna de las partes llegó a este punto con frecuencia. Lejos de estar "ciego", el vulgo fue frecuentemente disciplinado, tuvo objetivos claros, supo cómo negociar con la autoridad, y, sobre todo, supo utilizar su fuerza con agilidad. Frecuentemente, las autoridades se sintieron enfrentadas, literalmente, con una multitud anónima. "Estos hombres son todos tanners-(mineros del estaño)-" escribió un funcionario de aduanas de San Austell en 1766, acerca de las bandas locales de contrabandistas a las que "raramente se les ve sobre la tierra durante el día, y no tienen ninguna aprensión de ser conocidos por nosotros". Aun cuando los "cabecillas" fueran detectados, frecuentemente era imposible obtener testimonios bajo juramento. Pero la solidaridad raramente iba más allá de esto. Si se les capturaba, los jefes del vulgo podían esperar un rescate inmediato, dentro de veinticuatro horas; pero si este plazo transcurría, entonces podían esperar ser abandonados.

Podrían anotarse otras características, pero estas tres -tradición de anonimato, contra-teatro y una acción directa, rápida y evanescente- parecen de importancia. Todas conducen la atención hacia el contexto unitario de las relaciones de clase. Hay un sentido en el cual tanto los gobernantes como el vulgo se necesitaban mutuamente, se observaban, representaban el teatro y el contra-teatro en sus respectivos auditorios, modelaban el comportamiento político de los otros. Aunque intolerantes ante la insubordinación del trabajo libre, los gobernantes de Inglaterra mostraban en la práctica un sorprendente grado de libertad hacia la turbulencia del vulgo ¿Hay aquí alguna reciprocidad "estructural" profundamente incrustada?

Contrariamente a las apreciadas leyendas, Inglaterra, por supuesto, nunca careció, durante el siglo XVIII, de un ejército permanente. El mantenimiento de este ejército, en los años de Walpole, era un principio particular de los Whigs hannoverianos, pero para los fines del control interno, esta era frecuentemente una fuerza pequeña y de emergencia. Estaba, por ejemplo, seriamente desgastado y fue inadecuado para las necesidades de la situación durante los disturbios de 1766. El acuartelamiento permanente de tropas en distritos populosos era siempre impopular. Siempre había retrasos que frecuentemente eran de varios días -entre el surgimiento de disturbios y la llegada de los soldados. La tropa, al igual que sus oficiales (cuyos poderes para actuar contra los civiles podían ser impugnados en las cortes) encontraban este servicio "odioso". La desconfianza hacia la Corona, secundada por la avaricia de la aristocracia, había conducido al debilitamiento de todos los órganos efectivos para hacer respetar el orden. La debilidad del Estado se expresaba en una incapacidad para utilizar la fuerza con rapidez, en una benevolencia ideológica hacia las libertades del sujeto, y en un esbozo de burocracia tan entrapada en sus canonjías, parasitismo y compromisos clientelares, que apenas representaba una presencia independiente.

Así, el precio que la aristocracia y la nobleza pagaban por una monarquía limitada y un estado débil, era, por fuerza, el libertinaje de la turba: este es el contexto estructural central de la reciprocidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados. Los gobernantes estaban, por supuesto,

renuentes a pagar este precio, pero disciplinar a la turba hubiera sido posible sólo si hubiese habido una clase gobernante unificada y coherente, dispuesta a dividir amigablemente entre sus miembros los botines del poder y a gobernar por medio de su inmenso control de los medios de vida. Tal cohesión no existió nunca antes de la década de 1790, como varias generaciones de distinguidos eruditos de la historia se han tomado el trabajo de demostrar.

Las tensiones entre la corte y la comunidad; el dinero y la tierra, eran profundas. Hasta 1750 ó 1760, el término "nobleza" es demasiado indiscriminado para los propósitos de nuestro análisis. Hay una marcada divergencia entre las tradiciones Whig y Tory en sus relaciones con el vulgo. Los Whigs, en aquellas décadas nunca fueron paternalistas convincentes; pero en las mismas décadas se desarrolló entre algunos Torks y el vulgo una alianza más activa y aceptada. Muchos pequeños nobles, las víctimas de los impuestos y los perdedores en la consolidación de las grandes haciendas contra las pequeñas, odiaban a los cortesanos y al lucro del capital tanto como a los plebeyos. Y de aquí vemos la consolidación de las tradiciones específicas del paternalismo Tory, para que hasta en el siglo XIX, cuando pensamos en el paternalismo, tendamos a asociarlo más con los Torks que con los Whigs. En su cenit, durante los reinados de los dos primeros Jorges, esta alianza adquirió una expresión ideológica en los efectos teatrales del jacobinismo popular.

Hacia los años cincuenta, este momento está expirando, y con el advenimiento de Jorge III, pasamos a un clima diferente. Ciertas clases de conflicto entre la corte y la comunidad se han reblandecido tanto que es posible hablar del estilo paternalista calculado de la nobleza como un todo. En épocas de disturbio, en el manejo del vulgo, uno puede ahora olvidar la distinción entre Whig y Tory a nivel de la práctica de los jueces de paz, y puede verse a la magistratura como un todo actuando dentro de una tradición establecida. Para mantener el control sobre los pobres, ellos no deben mostrarse ni papistas ni puritanos; deben, al menos en sus gestos, ofrecerse como mediadores. Durante episodios de revuelta, la mayoría de los jueces de paz, de cualquier filiación, rechazaban la confrontación y preferían intervenir llamando a la moral antes que usar la fuerza.

Esta sutileza provenía a veces de un elemento de simpatía activa por el vulgo, especialmente donde la nobleza se sentía agraviada por las ganancias que las clases medias obtenían de sus granos y de los de sus arrendatarios. Un motín en Taunton en 1753 había sido provocado -según se informó a Newcastle- por "un tal Burcher que posee los molinos del pueblo, y quien en vez del grano, muele a los pobres; en pocas palabras, se piensa que merece un castigo legal por malas prácticas de este tipo...". Earl Poulett, el Virrey de Somerset, encontró, sin duda, que los hombres como Burcher eran un condenado fastidio. Ellos trabajaban para él y para los tribunales, y, por supuesto, el orden debía mantenerse. Una "insurrección" general, o estado de alboroto trajo otras consecuencias funestas en su desarrollo. El vulgo, sin miramientos, se convirtió en el escenario de discursos desleales y pensamientos sediciosos, "de manera que ellos, una vez que se han levantado, seguirán a otro antes de escuchar a los caballeros". Ciertamente, en esta oca-

sión "finalmente algunos de ellos llegaron a hablar un lenguaje que desatendía los rangos, tal que ellos no veían por qué algunos debían ser ricos y otros pobres". (Hubo, inclusive, oscuros rumores sobre ayuda desde Francia).

Pero el resguardo del orden no era ningún asunto simple:

"La impunidad de aquellos alborotadores incitó a otros a seguirles. Los Caballeros en esta Comisión temen actuar, ya que no cuentan con las seguridades de Tropas en Taunton, Ilminster, y hay sólo una guardia para el cuidado de los campos...en Crewkerne, sin ningún oficial. Sin embargo, la disposición general de aquellos pueblos y estos caballeros, parece ser la de dejar que se apaciguen los ánimos y no provocarlos, por temor a las consecuencias"

Las consecuencias temidas eran inmediatas: mayor daño a la propiedad, mayor desorden, quizás amenazas físicas a la magistratura. El mismo Earl Poulett estaba claramente ante una disyuntiva: él, si así lo aconsejase Su Excelencia

"declararía convictos a algunos de los principales cabe-cillas" pero "la disposición del pueblo y de los caballeros aquí avecinados (era) contraria". No hay, en ningún caso, ni aquí ni en cientos de casos similares en 1740, 1753, 1756, fines de 1760, ni después, ningún sentido de que el orden social, como un todo, estuviese puesto en peligro. Lo que se temía, era la "anarquía" local, la pérdida de prestigio y hegemonía en la localidad, el relajamiento de la disciplina social. Por lo general, se asume que, al final, el asunto se apaciguará, y el grado de severidad que debería mostrarse -si debían o no colgar de la horca una víctima o dos era cuestión de ejemplo y efecto calculados-. Estamos, una vez más, de regreso en el teatro. Poulett se disculpaba ante Newcastle de importunarlos con estas "pequeñas molestias". Un pescador llamado Harwich, haciendo un depravado gesto jacobita, preocupó a los ministros del Rey más que los cientos de hombres y mujeres marchando por los campos treinta años después, demoliendo molinos y secuestrando el grano.

## NOTAS

- (1) Para facilitar la lectura, se realizaron traducciones libres de los fragmentos de poesías citadas por el autor en inglés antiguo. No obstante, por considerar que en algunos casos este sistema puede dar lugar a diversas interpretaciones, reproducimos a continuación dichos fragmentos en su versión original:

The lab'ring Poor, in spight of double pay,  
Are saucy, mutinous, and Beggarly.

- (2) bend the brow severe  
On the sly, pilfering, cruel overseer;  
The shuffling farmer, faithful to no trust,  
Ruthless as rocks, insatiate as the dust.  
When the poor hind, with lenght of years decay'd,  
Leans feebly on his once subduing spade,  
Forgot the service of his abler days,  
His profitable toil, and honest praise,  
Shall this low wretch abridge his scanty bread,  
This slave, whose board his former labours  
spread!

- (3) We bin marching up and deown  
Wo, boys, wo  
Fur to pull the Housen deown

And its O the brave Doodley boys.  
Wo, boys, wo  
It bin O the brave Doodley boys.

Some gotten sticks, some gotten steavs  
Wo, boys, wo  
Fur to beat all rogues and Kne-avs

But the riot reaches its appointed limit, and  
...the Dra-gunes they did come,  
And it's devil take the hindmost shum.

We all ran down our pits  
Wo, boys, wo  
We all ran down our pits  
Frietened a' most out of our wits  
And its O the brave Doodley boys

And thence to the reassertion of deference:  
God Bless Lord Dudley Ward  
Wo, boys, wo  
He know'd as times been hard

He called back the sojermen  
Wo, boys, wo  
And we'll never riot again  
And its O the brave Doodley boys.